

El error de Naashim

Roberto Julio Alamo

Las nubes dibujaban bonitas y sorprendentes formas en el firmamento tiñéndose con tonos violáceos y azulados. El zigurat se elevaba sobre una amplia meseta terrosa terminada en terraplén en mitad de la vasta extensión baldía y algunos hombres contemplaban las estrellas escrutando el manto celeste.

La ciudad de Akkad era una de las más imponentes de toda Mesopotamia, la estatua de Naram-Sin se alzaba junto a la de Sargón I de Kish, el fundador de la urbe. Multitud de saberes antiguos habían perecido junto a los hombres que los poseían en las terribles y continuas guerras.

Gudea era un hombre de estatura mediana y rasgos acusados, como la mayor parte de los sumerios; era hijo de un astrólogo matemático llamado Naashim, importante entre la corte. El joven caminaba junto a la intrincada red de canales de riego mientras admiraba la exuberante vegetación de los jardines cuando le sorprendió ver una estrella fugaz.

La estrella se perdió de vista tras el enorme zigurat, que formaba una torre escalonada llamada Kathu alu´u de Akkad, en cuya cúspide se colocaba la figura de cerámica del dios que daba nombre al templo. Eso recordó al joven Gudea la cantidad de depravados sacrificios que se habían hecho ante ésta deidad.

Los estudiosos denominaban a ésta criatura alu´u lemnu sha pa la Izzu atta, significando “el alu´u sin boca”. La palabra “Kathu” significaba ominoso, y “alu´u” demonio, lo que hace suponer la terrible naturaleza de tal dios.

Llamados “cabezas negras”, pues así creían que desde lo alto les veían los dioses, los habitantes de Akkad continuaban con sus labores cotidianas; los sacerdotes oraban en el zigurat, los artesanos labraban la arcilla, los agricultores descansaban esperando el amanecer, y los guardias paseaban por las murallas de adobe.

Llegó entonces Naashim ante su hijo Gudea mientras portaba unas tablillas en las que escribía con su cuña, y el joven preguntó a su progenitor en lengua aglutinante: -“Padre, ¿por qué razón los sacerdotes sacrifican en honor a ese demonio”

Naashim respondió mesando su frondosa barba bífida: -“Hijo mío, no debes hablar así... Kathu alu´u es una deidad colérica, si Él percibe que maldices su nombre o te escuchan los monjes de Akkad perecerás en poco tiempo”-

-“Pero padre, ellos...”-

-“Su forma de actuar es incuestionable, hijo mío. No debes inmiscuirte en los asuntos que superan la concepción humana... es lo que aprendí de mi padre, y él del suyo; es hora de que comprendas que somos una mota de polvo en el universo, una débil ráfaga de viento en la historia”- explicó el sabio Naashim.

Gudea estaba enfurecido, desafiaba a los religiosos. Su amada había perecido en uno de aquellos horribles rituales en honor a aquella figura octopode de cerámica, y desde entonces despreció al demonio sin boca. El joven –al igual que el resto de los habitantes de la vieja urbe de adobe- había tenido que estar presente en la cruel ejecución, y comprobó que los monjes del templo leían sus oraciones del libro de Akkad; el siniestro volumen estaba escrito en una lengua que tan solo los sabios conocían, y profería una serie de alabanzas al señor bajo las aguas.

Dispuesto a frenar los terroríficos sacrificios públicos, el joven Gudea se planteó acceder al zigurat y robar el libro; si su padre o cualquiera de los ciudadanos de Akkad le veía, se daría la alarma y perdería la vida.

Aún a riesgo de perecer bajo el yugo del culto, Gudea avanzó hasta el gran templo escalonado y ascendió las escaleras en la noche. Las antorchas de los guardias refulgían, por lo que no le fue difícil acceder al interior, erosionado por los años.

Los monjes avanzaban en fila hacia el oratorio, pues ya habían “bendecido” el púlpito y la daga serpenteante; numerosos símbolos arcanos de procedencia desconocida adornaban las paredes de roca, y Gudea avanzó vigoroso por los túneles de la edificación. Aguardó frente al oratorio esperando la salida de los monjes y observando el atril donde el libro de Akkad permanecía abierto.

Una vez concluidas las extrañas oraciones, los religiosos sumerios abandonaron el habitáculo dejando al hijo de Naashim a solas con los sagrados textos, los cuales agarró sin dilación y escondió bajo su embadurnada túnica. Al salir del templo recorrió las escalinatas y marchó en dirección a la costa, pero fue avistado por su padre cuando abandonaba la ciudad cruzando los muros pétreos.

La pérdida no tardó en ser descubierta y los monjes surgieron del zigurat; Gudea corrió hacia un caballo y cruzó las arenas a gran velocidad jactándose de su logro. Fue Naashim detrás de él para ayudarlo y los monjes también le persiguieron.

Los servidores del dios perdieron a Gudea y a su padre en los cañones al este de la ciudad, y Naashim le preguntó a su hijo.

-“¿Por qué has robado el libro de Akkad? ¿Acaso no escuchaste lo que te dije?”-

-“Sí, padre. Sabes que siempre te he sido leal y obediente, pero también conoces los sentimientos que albergaba hacia la que iba a ser mi mujer, y ellos la quitaron la vida”- respondió el joven.

-“Has escapado audazmente de tus perseguidores, pero no son los hombres a los que has de temer, hijo mío. El sacrilegio no quedará impune, Gudea, y nadie podrá protegernos”-

Sabiendo que su hijo se había sentenciado, Naashim, que profesaba un gran amor por él, había sacrificado su vida al acompañarle.

-“¿Y qué ha de hacerse con tales escritos para que no vuelvan a la ciudad de Akkad?”-

-“Me temo, hijo mío, que aunque quememos tales palabras, reaparecerán tarde o temprano, pues Él goza de terribles poderes capaces de doblegar la mente de los hombres, y en ocasiones despierta para ayudar a los suyos”-

Naashim agarró el viejo libro y comenzó a leer detenidamente aquellas palabras; a pesar de desconocer las terribles energías que tal volumen desprendía, la curiosidad siempre había ido unida al viejo astrónomo.

-“Ph'nglui mglw'nafh ia ia Kathu alu'u F'thang”- dijo en voz alta Naashim sintiéndose como si estuviera obligado a leer aquel párrafo de palabras ininteligibles. Con sus cansados ojos releyó algunos fragmentos del tosco libro cuando el suelo bajo sus pies comenzó a temblar.

Padre e hijo cayeron al suelo sin poder mantener el equilibrio ante tal movimiento de tierra; parecía que un terremoto asolaba la zona.

-“Deberías haberme hecho caso”- reprendió Naashim a su joven hijo –“Ser impetuoso no lleva hacia el buen camino, Gudea”-

El corrimiento de tierra se tornó más pronunciado y una sombra terrible, de negritud e inmensidad inimaginables, abarcó las arenas del desierto. Cuando ambos se giraron hacia el horizonte observaron una figura que lo abarcaba todo, un ser de terribles proporciones que se desplazaba lentamente, como si un pedazo de alguna cordillera avanzara hacia ellos provocando aquellos temblores de gran magnitud.

El desproporcionado ser octopode caminó hacia ellos, pues Naashim había leído erróneamente unos párrafos del viejo escrito; allí estaba, terrible y enfurecido a pesar de que su rostro no contuviera cólera o cualquier otro signo de humanidad.

La bestia inconmensurable, la desmesurada mole de carne pútrida, se dirigía hacia los aterrados sumerios – paralizados por el pánico- y bramaba produciendo sonidos que causaban la demencia a aquel que los escuchaba. Naashim y Gudea taparon sus oídos y retrocedieron torpemente paralizados por el miedo.

El terrible dios movía sus flagelos que pendían del lugar donde normalmente iría emplazada la boca, y extendió sus terribles alas que quizás midieran kilómetros abnegando de luz las tierras que se extendían hasta el mar. Sin mediar palabra, preso por la locura y el pánico, Naashim agarró una piedra y acabó con la vida de su hijo Gudea, pues prefería la muerte para su querido primogénito antes que un destino imposible de albergar en la mente humana.

Cuando la criatura se aproximó hasta las cercanías, aquel inmenso ser que ya no podía ser abarcado con la vista, Naashim corrió hasta la cima de un acantilado rocoso y se despeñó gritando eufórico.

Así, por un simple error al tratar de averiguar más sobre aquello que supera a los hombres, Naashim y Gudea perecieron asediados por la más terrible de las locuras. Pues las constelaciones guardan terrible secretos, saberes ocultos que deben permanecer fuera de nuestro plano y comprensión.

Según cuentan, a los tres días sin luz –llamados las tres tinieblas por los habitantes de Sumeria- el libro de Akkad volvió a aparecer misteriosamente en el atril del zigurat de Kathu alu'u, sin explicación alguna. Ningún solo hombre conocedor del funesto destino de Naashim y su hijo, volvió a cuestionar durante años al terrible dios, pues es evidente su poderío ante nuestra insignificante raza; cuando fue puesto de nuevo en tela de juicio, las epidemias y las guerras se propagaron por la zona destruyendo a sus habitantes y acabando con tan prolífico reino; porque solo existe un reinado y es superior a nosotros, porque desconocemos el motivo y significado de las antiguas lenguas, construidas para fines ajenos a nuestro entendimiento.

Kathu alu'u, el que fue sepultado bajo las aguas en la ciudad de R'lyeh, y que aguarda su despertar definitivo en el que la emprenderá contra el reinado de los hombres.

-Extractos populares del despertar de Kathu alu'u de Akkad hallados por Alec Carter el 26 de Noviembre de 1913 en la región baldía correspondiente a la antigua Sumeria. El eminente antropólogo se basó en varios escritos para completar el relato-